

“Atendiendo las peticiones de Fátima para la Salvación y la Paz del Mundo”
Homilía para la Misa de Consagración de la
Arquidiócesis de San Francisco al Inmaculado Corazón de María
Commemoración de nuestra Señora del Rosario
Lecturas: Isaías 9:1-5; Judit 13; San Juan 2:1-11

Introducción

En este momento importante de la historia mundial, cuando conmemoramos el centenario de las apariciones de la Virgen en Fátima, es comprensible que se haya dado mucha atención a este fenómeno sobrenatural. Creo, sin embargo, que es fácil para nosotros distraernos por los elementos sensacionales de esta aparición: predicciones de guerras y desastres, un sol que se mueve, una visión del infierno. Somos fácilmente intrigados con esa parte de la historia, tal vez tanto que perdemos todo el sentido principal, que, por supuesto, es el mensaje en sí.

Una visión del infierno y los últimos 100 años

La visión del infierno es un momento muy conocido en la historia de las apariciones de Fátima: los tres niños pastorcitos vieron las almas atormentadas en el infierno con una agonía indescriptible, una visión tan horrible y espantosa que gritaban en voz alta con miedo. Fue inmediatamente después de esta visión que nuestra Señora pidió la difusión de la devoción a su Inmaculado Corazón. Ahora bien, hay algunos, estoy seguro, que podrían desechar todo esto como fantasioso; hay incluso algunos que niegan la existencia misma del infierno. Pero si pensamos en lo que ha ocurrido en estos últimos 100 años desde la revelación de este mensaje, junto con nuestra falta de atención, ¿no nos dice eso que el siglo por el que acabamos de pasar no fue otra cosa más que una experiencia del infierno?

Es cierto que, en muchos aspectos, durante el siglo pasado ha habido un gran progreso: uno piensa inmediatamente en los avances tecnológicos que han aumentado la facilidad y la velocidad en las comunicaciones, el comercio y el transporte; progreso en el tratamiento y alivio de las enfermedades físicas y mentales; progreso en los derechos civiles. Sin embargo, también ha habido reveses horribles en otras áreas, incluso en aquellas áreas en las que se ha avanzado. Si pensamos en el siglo que ahora estamos concluyendo, ¿no se muestra a sí mismo como uno que de muchas maneras ha sido una reflexión viva del infierno, que de tantas formas se ha burlado de Dios?

Los ejemplos son demasiados para enumerarlos aquí, pero muchos vienen a la mente inmediatamente, comenzando con dos grandes guerras que envolvieron al mundo entero en violencia y derramamiento de sangre. Han habido campos de muerte y genocidios, no el genocidio, sino *genosides*, el más notorio, perpetrado contra el pueblo que Dios eligió por primera vez ser suyo. ¿Quién se atrevería a decir que tal barbarie no es una burla de Dios? Es un siglo que produjo los regímenes más brutales en la historia del mundo, y en toda la superficie de la tierra. Y luego está la persecución de la Iglesia en cada década de este siglo y en todo el mundo y ahora la opresión y el exterminio de cristianos y otras minorías religiosas en el Medio Oriente y otros lugares, cuyos llamados a la protección y justicia de la comunidad internacional caen en oídos sordos. Pero no tenemos que ir tan lejos en el tiempo y el espacio. Todavía está fresco en nuestras mentes y doloroso en nuestros corazones las víctimas de la atrocidad en Las Vegas hace apenas unos días, que trágicamente es sólo el más reciente y más devastador tiroteo masivo en toda una cadena de violencia sin sentido en nuestro país desde hace muchos años. Y luego está el ataque a las inocentes vidas humanas: nuestra propia tierra ha sido ensuciada por la

sangre de niños inocentes en lo que se ha convertido en una epidemia mortal equivalente a un genocidio de la vida en el vientre; y ahora estamos presenciando cada vez más el abandono de nuestros hermanos y hermanas que sufren en el otro extremo del camino de la vida. Incluso en nuestra propia ciudad de San Francisco, vemos en nuestras calles a las personas que sufren los estragos de la adicción y la enfermedad mental, así como la celebración e incluso la exaltación de lo vulgar y blasfemo, burlándose del hermoso plan de Dios en cómo Él nos creó, en nuestros propios cuerpos, para la comunión unos con otros y con Él mismo. Dios es ridiculizado en nuestras calles, y es recibido con aprobación y aplausos en nuestra comunidad - y, sin embargo, permanecemos en silencio.

¿Qué está pasando en nuestro mundo? De tantas maneras diferentes, lo que antes era impensable se ha convertido en rutina. El siglo, desde que las apariciones de Fátima sucedieron y que culmina ahora, se ha burlado de Dios, pero Dios no será burlado: no porque se deleite en vengarse sobre nosotros, sino porque dar la espalda a Dios sólo regresa consecuencias a nosotros mismos, llevándonos a nuestra autodestrucción.

Ahora bien, se podría argumentar que todo esto ha sucedido, no porque las personas sean más moralmente depravadas en nuestro tiempo que en tiempos pasados, sino porque los medios modernos de perpetrar la violencia, la destrucción y la depravación moral son mucho más sofisticados y masivos ahora que en tiempos pasados. Esto bien puede ser cierto, pero si es así, apunta aún más a nuestra necesidad de prestar atención al mensaje de Fátima de implorar a Dios por misericordia.

Nuestra Abogada

Entonces nos volvemos a Nuestra Señora, porque en la raíz de todo este sufrimiento y devastación esta una enfermedad espiritual que, contrariamente a la enfermedad física y mental, ha crecido en nuestro tiempo y no ha sido tratada de ninguna manera. Es esa enfermedad la que destrona a Dios y lo reemplaza con el "ser autónomo", haciendo que el ser humano sea Dios, creando la propia realidad para uno mismo. Es una enfermedad que se niega a reconocer al Hijo de Dios, Jesucristo, como la verdad última y el icono perfecto del amor.

Entonces, sí, nos volvemos a Nuestra Señora. Ahora, no necesitamos que María señale el camino a Cristo para nosotros. Sabemos dónde está: está en el tabernáculo, en los sacramentos, en su palabra, está presente en la Iglesia. Más bien, lo que necesitamos es que alguien nos recoja y nos lleve a él, porque somos demasiado débiles para llegar por nuestra cuenta. Entonces así como María tuvo un papel especial en la maternidad del Hijo de Dios, así mismo, ella tiene un papel maternal especial en nuestras vidas de dar vida a su Hijo. Este doble ministerio de la maternidad de Nuestra Señora -en la vida de su Hijo y en la vida de sus creyentes- fue explicado perspicazmente por el Papa Juan Pablo II en su encíclica Madre del Redentor (24):

... hay una correspondencia única entre el momento de la Encarnación de la Palabra y el momento del nacimiento de la Iglesia. La persona que vincula estos dos momentos es María: María en Nazaret y María en el Cenáculo de Jerusalén ... Así, la que está presente en el misterio de Cristo como Madre se convierte - por la voluntad del Hijo y el poder del Espíritu Santo - presente en el misterio de la Iglesia. En la Iglesia también continúa siendo una presencia materna, como lo demuestran las palabras pronunciadas desde la Cruz: "¡Mujer, he ahí a tu hijo!"; - He aquí a tu madre.'

En su presencia maternal, María está allí para abogar por nosotros. Lo vemos en una imagen sutil en la imagen de Nuestra Señora de Fátima. En la parte inferior de su túnica hay una estrella. La estrella puede ser vista como una referencia a Esther en el Antiguo Testamento, cuyo nombre significa "estrella". Esther es la que se suplicó al rey persa de salvar la vida de su pueblo y poniendo su propia vida en gran riesgo. El rey, que la había tomado como su reina, fue engañado en emitir un decreto que ordenaba la masacre del pueblo judío, y para pedirle que salvara a su gente tenía que revelarle su identidad judía. Por su súplica al rey ella salvó a su gente. Nuestra Señora, Estrella de la Nueva Evangelización, tampoco cesa de rogar por nosotros a nuestro Rey, como lo hizo con los pobres recién casados en Caná. Esto no es porque seremos tratados con dureza por su Hijo si nos acercáramos directamente a él. No; más bien, debemos reconocer que Dios nos tratará con justicia estricta a menos que pidamos por su misericordia. Dios quiere que pidamos su misericordia, y Él quiere que pidamos a la Madre de Su Hijo que nos ayude, así como ella ayudó a esa pareja en Caná.

Atendiendo las peticiones y los próximos 100 años

Durante 100 años ignoramos el mensaje de Fátima; o, tal vez, no es tanto el mensaje que ignoramos, porque estamos bien conscientes de las advertencias y la historia que resultaron. Más bien, son las peticiones que ignoramos. Pero ya no podemos permitirnos hacer eso. Tenemos que prestar atención. Tenemos que hacer lo que le dijo a los sirvientes de Cana: hagan lo que El les diga. ¿Y qué nos dice Cristo que hagamos? Lo revela en las peticiones que hizo Nuestra Señora en Fátima. Ahora es el momento de atender esas peticiones. Podríamos no tener el poder de cambiar la historia del mundo, pero podemos cambiar lo que sucede en nuestras propias familias y comunidades si escuchamos el mensaje. Este próximo siglo puede ser radicalmente diferente del anterior, pero sólo si escuchamos el mensaje y respondemos a las peticiones.

Lo que significa que lo que estamos haciendo hoy no puede ser relegado a un simplemente un acontecimiento conmovedor y un recuerdo agradable en la historia de nuestra Arquidiócesis. Lejos de ser algo que marcamos en una lista de cosas por hacer, lo que estamos tratando hoy no es nada menos que un llamado a alzar armas: las armas espirituales. Vivimos en un tiempo y espacio de intensa batalla espiritual, y sólo al tomar las armas espirituales vamos a aliviar la enfermedad espiritual que está en la raíz de gran parte del sufrimiento físico y mental en el mundo de hoy. Es hora de dejar a un lado el sensacionalismo y responder a las peticiones de Nuestra Señora en Fátima.

¿Y qué es lo que nos pide que hagamos? No debería sorprendernos, porque es la parte central de su mensaje dondequiera y cada vez que ha aparecido: oración, penitencia y adoración. Y en Fátima este mensaje fue muy claro acerca del doble propósito de esta petición: salvar almas del infierno y establecer la paz en el mundo. El mensaje de Fátima no fue sólo acerca del orden temporal, sino sobre todo del orden eterno. En ambos órdenes, las apuestas no podrían ser más altas: ¡paz mundial y salvación eterna! Por lo tanto, exhorto a todos los fieles de la Arquidiócesis de San Francisco a que tomen en serio esta triple receta de paz y salvación, como nos ha pedido nuestra Señora.

Un Plan de Acción

En primer lugar la oración: Nuestra Señora nos ha pedido específicamente que recemos el santo Rosario diariamente. Les pido a todos los católicos de la Arquidiócesis de San Francisco, si no lo hacen ya, que recen el rosario todos los días. Y pido a todas las familias que recen juntos el rosario por lo menos una vez a la semana. Muy apropiadamente, celebramos esta Misa de

Consagración de nuestra Arquidiócesis al Inmaculado Corazón de María en el día en que se conmemora a Nuestra Señora del Rosario, un recordatorio conmovedor del poder del rosario para lograr la paz e incluso para cambiar el curso de la historia mundial. Sin duda, puede cambiar el curso de la historia en nuestras propias familias y comunidades.

Penitencia: sobre todo debemos tomar el brazo espiritual de la penitencia, porque es un arma poderosa en nuestro arsenal espiritual que hemos lamentablemente ignorado durante mucho tiempo. La reforma de la disciplina en la práctica penitencial de la Iglesia, lejos de negar la importancia de ella, pretendía inculcar un espíritu más maduro de sentir propio este sello de la vida cristiana en la vida de cada creyente. En particular, los viernes siguen siendo días de penitencia, como siempre han sido en la Iglesia, remontándose a los tiempos apostólicos. Los fieles, sin embargo, ahora pueden optar por practicar alguna otra forma de ayuno en lugar de la práctica tradicional de abstenerse de comer carne, siempre y cuando esa penitencia sea para ellos un mayor sacrificio. Pido a todos los católicos de la Arquidiócesis de San Francisco que dediquen el viernes como día de penitencia en honor al día en que nuestro Señor murió por nosotros, seleccionando una forma concreta de ayuno corporal para cumplir en ese día, ya sea que se abstengan de carne o de un tipo de comida o de un tipo de bebida que normalmente disfrutaban, u omitiendo un tiempo de comida por completo. Nuestras prácticas penitenciales también nos llevan a recurrir de modo más serio y frecuente al sacramento de la Penitencia. No puede haber avivamiento espiritual, y especialmente un renacimiento a la devoción Eucarística, sin una renovación en nuestra práctica del sacramento de la Reconciliación. Llamo a todos los fieles de la Arquidiócesis de San Francisco a aumentar la sinceridad y frecuencia con la que aprovechan la disponibilidad de este sacramento y, como mínimo, confesar sus pecados por medio del sacramento al menos una vez al mes.

Adoración: Nuestra Señora nos defiende, nos levanta, para llevarnos a su Hijo. Toda nuestra devoción, así como todas nuestras prácticas penitenciales, deben terminar en la adoración a Dios. La Adoración que nuestra Señora pide es para purificarnos de nuestras inclinaciones en adorar a los falsos dioses de la sociedad contemporánea y para entregarnos a la adoración del único Dios verdadero. Como dijo Lucía al reflexionar sobre sus experiencias infantiles de recibir las revelaciones en Fátima: "... nuestra adoración debe ser un himno de alabanza perfecta, porque incluso antes de ser, Dios ya nos amaba y movido por ese amor nos dio vida". Nuestra consagración debe por lo tanto también traer una renovación de nuestro amor y devoción a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Pido a cada católico de la Arquidiócesis de San Francisco que dedique un tiempo cada semana a orar ante el Santísimo Sacramento. Si no es posible durante la semana, tómese un tiempo antes o después de la Misa dominical para orar de rodillas ante nuestro Señor presente en el tabernáculo. Al menos una vez cada semana, orando ante la presencia de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento - Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad – cumplirá Su deseo de que le pidamos por Su misericordia. Y, por supuesto, la Virgen también nos pidió que cumpliéramos con la devoción de los Primeros Cinco Sábados, justo después de que los niños recibieran la visión del infierno, cuando también pidió devoción a su Inmaculado Corazón. Esta devoción consiste en asistir a Misa y recibir la Comunión en reparación por los pecados en cinco primeros sábados consecutivos del mes poco después o antes de confesarse, y dedicar al menos un cuarto de hora rezando cinco décadas del rosario. Nuevamente vemos la preocupación de nuestra Señora en ayudarnos a alcanzar la salvación eterna: el punto de la devoción es reparar los pecados, especialmente el pecado de la blasfemia. Pido a todos nuestros fieles que hagan de los Primeros Cinco Sábados una prioridad dentro de sus devociones practicándola al menos una vez al año.

De la Oscuridad a la Luz

En la primera lectura de nuestra Misa de hoy, el profeta Isaías habla de la gente que caminaba en tinieblas viendo una gran luz, la luz que es el gozo de la salvación de Dios. Dios vino en ayuda de su pueblo destruyendo los instrumentos de la opresión asiria y enviándoles un rey para liberarlos. Rezando el rosario, haciendo ayuno corporal y practicando la adoración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento: éstas son las armas espirituales de Dios que destruirán la opresión espiritual que ha estropeado los últimos 100 años de historia mundial y que nos traerá la misericordia de Dios misericordia que es la paz mundial y la salvación eterna. Hay una cosa más y muy importante que nuestra Señora dijo a los niños después de su visión del infierno, no una petición, sino una promesa: "Al final, mi Inmaculado Corazón triunfará". Prestemos atención a su mensaje, para acelerar ese triunfo, ese triunfo que es el de su Hijo sobre la muerte, porque está inseparablemente ligada a su Hijo, que vino a ganar para nosotros nuestra salvación eterna. Su Corazón Inmaculado es la puerta que se nos abre para entrar en ese triunfo. Es a través de esa puerta que caminamos de la oscuridad del pecado y la muerte a la luz de la verdad y misericordia de Cristo. Allí está, al otro lado de esa puerta, un paraíso glorioso, inmenso y lleno de luz que es el cielo. Su corazón es la puerta del cielo.

Conclusión

Y así, de manera apropiada, concluiremos nuestra oración hoy, después de misa, la procesión y el acto de consagración, con adoración y bendición al Santísimo Sacramento. María siempre está allí para recogernos y llevarnos a su Hijo; quiere llevarnos a través de su corazón maternal de las tinieblas en que caminamos a la luz de su Hijo, y su Hijo quiere que le permitamos hacerlo. Hagamos eso, obedeciendo su petición de hacer lo que Él nos diga. Es decir, concedamos sus peticiones, para que siempre podamos mantener nuestros ojos fijos en El, su Hijo, el Hijo de Dios y Salvador del mundo. Y así concluimos estas reflexiones hoy, haciendo nuestras las palabras de Santo Tomás de Aquino, citadas por el Papa San Juan Pablo II en la conclusión de su encíclica sobre la Eucaristía, volviéndonos, como el santo Papa nos exhorta, "en esperanza a la contemplación de esa meta a la que nuestros corazones aspiran en su sed de gozo y paz ":

*Ven, pues, buen Pastor, pan divino,
Sigue mostrándonos tu señal de misericordia;
Oh, aliméntanos, aún consérvanos tuyos;
Así podremos ver brillar tus glorias
En los campos de la inmortalidad.
Oh tú, el más sabio, el más poderoso, el mejor,
Nuestra comida actual, nuestro futuro descanso,
Ven, haznos a cada uno tu huésped elegido,
Co-herederos tuyos, y camaradas benditos
Con santos cuya morada está contigo.
[Amén.]*